

Ver al artista de Fuendetodos en el Pilar

JUAN ANTONIO GRACIA

Al fin, Zaragoza va a conmemorar el 250 aniversario del nacimiento de Goya con dignidad y brillantez mediante la exposición que se inaugura hoy en la sala Luzán de la CAI y la muestra prevista para el mes de octubre.

La verdad es que el Año de Goya iba transcurriendo entre nosotros de una manera anodina y, como repetidas veces se ha dicho en este mismo periódico, sin darle a la efeméride el relieve que le correspondía tanto por la condición de aragonés del artista como por el excepcional talento que evidencian sus pinturas.

En Madrid, en otras provincias españolas y en muchas naciones extranjeras han sabido valorar a su tiempo el genio de Fuendetodos y le han dedicado multitud de homenajes, generalmente exponiendo algunas de las numerosas piezas producidas por su fecunda inteligencia creadora. Hay que felicitar, pues, de que el acontecimiento no sólo no

pase inadvertido en la tierra de sus paisanos sino de que el Museo del Prado y otras pinacotecas de España hayan prestado sus mejores joyas para ser exhibidas en octubre en el marco de una magnífica demostración cultural: «Realidad e imagen. Goya 1746-1828».

Según los expertos en estas cuestiones, el éxito de asistencia de público está asegurado, ya que acudirán al evento no sólo quienes son unos habituales seguidores, contemplativos y admiradores de Goya, sino también esa muchedumbre ingente que necesita una fecha redonda, una remembranza particular o un cumpleaños para que se les despierte un mínimo de curiosidad y de deseo por acercarse a ver lo que han podido mirar durante años y años todos los días.

A este respecto, el fenómeno de las largas filas y las entradas por reserva telefónica y las molestias para visitar la reciente antológica de Goya en Madrid es

muy ilustrativo. Son cosas extrañas que suceden en determinados movimientos de masas.

A mí me gustaría contribuir, aunque sea muy modestamente, a la exaltación de Goya que se anuncia con una sugerencia que «estoy seguro» alegraría a los familiarizados con él y con su obra y, también quizás, a cuantos, aragoneses o no, irán a visitar «Realidad e imagen» aunque no hayan ido nunca a Calatayud, Muel o Remolinos ni se hayan acercado al Goya del Museo Provincial o del Pilar.

Acabo de mencionar el Pilar y hacia ahí va mi respetuosa indicación, que en realidad no es mía sino de muchos. Se trataría simplemente de que el cajetín en el que se depositan cien pesetas para contemplar iluminada la cúpula «Regina Martyrum» de Goya en la basilica mariana, y que fue admirablemente restaurada por Teresa Grasa y Carlos Barboza, fuera desplazado diez centímetros con el fin de que pu-

diera ser advertido y utilizado. Desde que hace ya bastantes años fue instalado, está colocado en un lugar semioculto, prácticamente detrás de un confesionario.

¿Podrían los responsables de estos asuntos en el santuario pilarista hacer correr el citado confesionario solamente unos diez centímetros para que quienes lo deseen puedan accionar el pequeño aparato y recrearse con una de las obras más grandiosas del genial artista aragonés?

Creo que trasladar ese pequeño mecanismo exige un trabajo más bien liviano, y sin embargo produciría una enorme satisfacción a muchos que van buscando a Goya en el Pilar sin encontrarlo o, al menos, sin descubrirlo en todo su esplendor.

Es verdad que los bocetos de la «Regina Martyrum» se hallan en el museo pilarista y pueden verlos cuantos quieran. Pero, aparte de no ser lo mismo el proyecto y la realidad, es difícil explicar

para qué ha sido puesto un mecanismo iluminador de una fantástica obra de Goya si no puede ser fácilmente visto y manejado. A veces, las cosas más diminutas pueden contribuir a enaltecer un acto ya por sí mismo majestuoso. Hacer visible el «aparatejo» iluminador y el fascinante Goya de la cúpula pilarista de San Joaquín es, a mi entender, una acertada colaboración al Año de Goya. Esperemos.

Como todo el mundo espera que se ilumine convenientemente la bóveda del coreto, también ilustrada por Goya y restaurada por Grasa y Barboza. La altura del techo y la deficiente luz natural impiden una visión correcta de otra de las maravillas salidas del pincel de Goya que tenemos en el Pilar. La iluminación de esta obra es tanto más necesaria cuanto que no disponemos en Zaragoza del boceto de la misma, en posesión hoy de una colección privada en Barcelona.